



2015
LIMA
REUNIONES ANUALES
GRUPO BANCO MUNDIAL
FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

9 de octubre de 2015 (S)

Discurso pronunciado por **JIM YONG KIM**,
presidente del Grupo Banco Mundial,
ante las Juntas de Gobernadores del Grupo Banco Mundial,
en las deliberaciones anuales conjuntas

Las enseñanzas derivadas de Carabayllo: Tomar decisiones difíciles

Jim Yong Kim, presidente del Banco Mundial

**Discurso pronunciado ante la sesión plenaria de las Reuniones Anuales
del Grupo Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional
Lima (Perú), 9 de octubre de 2015**

Presidente Humala, presidente Bedoumra; madame Lagarde, ministros, amigos:

Bienvenidos a las Reuniones Anuales 2015 del Fondo Monetario Internacional y del Grupo Banco Mundial.

Agradecemos profundamente la cálida acogida que nos brindaron el presidente Humala y el pueblo del Perú. Los preparativos para la celebración de estas Reuniones Anuales —que tienen lugar en América Latina por primera vez desde 1967— han sido excepcionales. Los invito a unirse a mí para agradecer a todos los organizadores de este evento, que tanto se han esforzado para que fuera un gran éxito. [Aplausos]

Quisiera agradecer a nuestro presidente de las Juntas de Gobernadores y a mi amiga Christine Lagarde por la estrecha cooperación que mantuvimos en el curso del año pasado.

También quisiera agradecer a nuestro Directorio Ejecutivo, a nuestro abnegado personal y a nuestros Gobernadores que se han reunido hoy aquí. Siempre agradezco a los Gobernadores porque hace dos años y medio aprobaron nuestros dos objetivos: poner fin a la pobreza extrema a más tardar en 2030 e impulsar la prosperidad compartida para el 40 % más pobre de la población de los países en desarrollo. Esos objetivos nos han dado claridad de propósitos y nos obligan a adaptar nuestra labor a nuestra misión: debemos hacer todo lo que podamos para prestar apoyo a los pobres y las personas vulnerables y, en vistas de la conferencia sobre el cambio climático que pronto se celebrará en París, para preservar nuestro planeta para las generaciones futuras.

Es un gran placer para mí volver a estar en el Perú. La sociedad de este país es hoy mucho más próspera y justa que hace una generación. En los últimos 10 años, el producto interno bruto (PIB) del Perú ha aumentado a una tasa media anual de más del 6 %. Durante los años de prosperidad, la fuerte demanda interna y los altos precios de los productos básicos generaron una década de sólido crecimiento. El crecimiento fue inclusivo y el tamaño de la clase media superó al del segmento de los pobres. Sin embargo, en el Perú, al igual que en otros países de América Latina, ahora se están sintiendo los efectos adversos de la desaceleración de la economía mundial, con precios más bajos de los productos básicos que pueden permanecer deprimidos por algún tiempo y una salida masiva de capital de los países en desarrollo que parece estar acelerándose. En pocos minutos me explayaré sobre este tema.

Al llegar a Lima la semana pasada, viajé a Carabayllo, que queda a poco más de 30 kilómetros al norte de aquí. Conozco bien Carabayllo. En 1993 ayudé a crear allí una organización no gubernamental (ONG) denominada Socios en Salud. Al año siguiente nos encontramos con un número inquietante de pacientes que padecían tuberculosis multirresistente, una forma de esta

enfermedad que es resistente a los medicamentos más fuertes y eficaces. Cuando dimos a conocer nuestras conclusiones y propusimos el tratamiento de los pacientes, el Ministerio de Salud y la Organización Mundial de la Salud (OMS) nos dijeron que no lo hiciéramos, que los medicamentos eran demasiado costosos y que el tratamiento de la tuberculosis farmacorresistente constituiría una distracción del enfoque en el tratamiento de la tuberculosis común. De hecho, el Gobierno amenazó con echarnos del país si tratábamos a un solo paciente. A pesar de los temores de que nos expulsaran del Perú, empezamos a tratar a los pacientes: podíamos ver el sufrimiento de estas personas, que estaban infectando a sus familias y vecinos y, en definitiva, sabíamos que tratar a los pacientes era lo que había que hacer. Encargamos a enfermeros y agentes de salud comunitarios hacer el seguimiento y prestar apoyo a los pacientes. Esta labor, cumplida por ellos bajo la supervisión del Dr. Jaime Bayona, redundó en tasas de curación de más del 80 % en el caso de los primeros 50 pacientes, superiores a las registradas en muchos de los mejores hospitales de los Estados Unidos. A su vez, nuestra labor tuvo un gran impacto. Los valientes trabajadores sanitarios y pacientes de Carabayllo ayudaron a demostrar al mundo que un pequeño y decidido grupo de médicos, enfermeros y personal sanitario de la comunidad podía tratar eficazmente una enfermedad complicada en una comunidad pobre. Ello llevó a la OMS y al Gobierno del Perú a modificar sus políticas, y a recomendar el tratamiento de las personas con tuberculosis multiresistente, independientemente del costo involucrado y sin importar dónde vivieran las personas, ni si eran ricas o pobres.

Pienso en esos momentos difíciles ahora que encaramos una gran desaceleración de la economía mundial que afecta a la mayor parte del mundo en desarrollo, que a la vez tiene un gran impacto en nuestra lucha por poner fin a la pobreza.

Las enseñanzas derivadas de Carabayllo son muy claras en mi opinión:

Primero, escuchar las aspiraciones de los pobres y elevar las propias para atenderlas.

Y segundo, no tener miedo de tomar esa decisión difícil y hacer lo que hay que hacer, aunque nadie nos acompañe en el empeño.

Hace apenas unos días, el Grupo Banco Mundial hizo el gran anuncio de que, por primera vez, el porcentaje de personas que viven en la extrema pobreza —que ahora se define como la situación de las personas que obtienen ingresos inferiores a US\$1,90 al día— este año probablemente se reducirá a menos del 10 % o, para ser más precisos, al 9,6 %. ¡Se trata de la **mejor noticia** del mundo en la actualidad! Empero, para alcanzar nuestro objetivo de poner fin a la pobreza extrema a más tardar en 2030 debemos elevar nuestras aspiraciones, y especialmente las personas aquí presentes deberán tomar muchas decisiones difíciles. No nos queda otra opción.

Podemos y **debemos** ser la generación que termine con la pobreza extrema.

Hoy me presento ante ustedes, no como miembro de un pequeño grupo de activistas comprometidos, sino como presidente de una organización de más de 15 000 personas apasionadas por luchar contra la pobreza —somos economistas, profesionales del transporte, expertos en salud y educación, administradores de activos, expertos en financiamiento público y privado, administradores, asistentes— que comparten la misma misión y las mismas grandes aspiraciones de mejorar la situación de los pobres.

La pregunta que planteamos hoy es la siguiente: ¿cómo pueden crecer los países en desarrollo cuando encaran la desaceleración del crecimiento mundial, el fin del superciclo de los productos básicos, las previsiones de aumento de las tasas de interés y la fuga de capitales de los mercados emergentes?

Nuestra estrategia general, basada en más de 50 años de experiencia, es que se requieren tres cosas: crecimiento económico inclusivo, inversión en los seres humanos y seguro contra el riesgo de que las personas vuelvan a caer en la pobreza. Resumimos esto en tres palabras: crecer, invertir y asegurar.

En tiempos difíciles, los países que tienen mejor desempeño son los que ya tomaron decisiones difíciles. Pero los países que aún no lo han hecho están a tiempo de hacerlo. No es demasiado tarde. Las decisiones difíciles en materia de políticas enviarán al mundo señales de que los Gobiernos tienen la firme determinación de sentar las bases del crecimiento futuro.

Para estimular el crecimiento debe analizarse el impacto de cada dólar de gasto público. Debe hacerse todo lo posible por aumentar la productividad. Y en un período en que los bancos están eliminando riesgos, debemos garantizar que el capital sea accesible, especialmente para los pequeños comerciantes y empresarios que habrán de crear puestos de trabajo.

Más concretamente, los países deben invertir en la mujer, lo que puede constituir una de las estrategias más eficaces de cualquier Gobierno para fomentar el crecimiento. Países como **Bangladesh** están alentando la participación de la mujer en la fuerza de trabajo. Si se mantienen en la senda correcta, su fuerza laboral femenina aumentará del 34 % al 82 % en el curso de la próxima década y su participación en el PIB aumentará el 1,8 %. La reducción de las diferencias de género puede redundar en un aumento de los ingresos del 27 % en Oriente Medio y Norte de África, del 19 % en Asia meridional y del 14 % en América Latina y el Caribe. Y las investigaciones confirman algo que todos sabemos: cuando las mujeres ganan más dinero, invierten en la educación y la salud de sus familias.

Los funcionarios gubernamentales también deben erradicar toda corrupción existente y promover la transparencia en los asuntos oficiales que pueda evitar la corrupción futura. Todo dólar, euro o nuevo sol robado priva a los pobres de la igualdad de oportunidades en la vida.

También hay reformas sencillas que los Gobiernos pueden emprender ahora y que producen efectos inmediatos, no tienen costo y no necesitan inversión. Los presidentes de Kenya, Uganda y Rwanda redujeron obstáculos en el corredor comercial de Mombasa a Kigali al eliminar los bloqueos de carreteras y las barreras administrativas que desaceleraban el tráfico en esta importante ruta comercial. El tiempo de circulación disminuyó en alrededor del 50 %, y tanto Kenya como Rwanda ascendieron unos 50 puestos en el índice de desempeño logístico de 2014 elaborado por el Banco. Estos países lograron aumentar velozmente la productividad y la competitividad de sus economías.

Permítanme darles algunos ejemplos más de sólidas reformas en curso que promueven el crecimiento.

Malasia creó un Comité Económico Especial hace apenas dos meses y está destinando más recursos públicos a sus programas de fomento del crecimiento. Unos 10 meses atrás eliminó los

subsidios a la gasolina y el diésel, lo que generó un ahorro equivalente a alrededor del 1 % del PIB, y continuó financiando programas de infraestructura clave, como el sistema de transporte rápido. El crecimiento económico del país fue del 6 % el año pasado y, según las proyecciones, será del 4,7 % este año y del 5 % el próximo.

En el Norte de África, **Marruecos** ha eliminado gradualmente las barreras arancelarias y no arancelarias, y ha simplificado los trámites para el comercio exterior. En los últimos años, suscribió acuerdos de comercio preferencial con la Unión Europea, Estados Unidos, Egipto, Jordania, Túnez y Turquía, y la razón comercio-PIB aumentó del 53 % en 1990 al 81 % en 2013. Al mejorar las condiciones para los negocios, Marruecos ha conseguido acelerar el crecimiento del ingreso anual per cápita, que ascendió al 3,2 % en promedio en los últimos 15 años. Asimismo, mejoró el bienestar del 40 % más pobre de la población y la tasa media de alfabetismo de adultos se duplicó con creces, hasta llegar al 70 % aproximadamente.

Al tiempo que los Gobiernos llevan adelante sus estrategias de crecimiento —incluso cuando los ingresos disminuyen—, los dirigentes deben seguir invirtiendo en su población, especialmente por medio de programas de educación y salud.

El ministro de Educación del Perú, Jaime Saavedra, fue uno de los especialistas en macroeconomía más destacados del Banco Mundial antes de aceptar el cargo que ocupa actualmente. Economista brillante, Jaime sabía que el futuro del Perú dependía de un sistema educativo más eficaz. Con la firme conducción del presidente Humala, el Perú ha incrementado el presupuesto para educación en alrededor del 90 % y ha emprendido importantes reformas.

El Perú también ha sido líder en inversión en la salud y el bienestar de mujeres y niños. En 2005, el 28 % de los niños peruanos presentaba retraso en el crecimiento, trastorno que afecta el desarrollo cognitivo y físico en forma permanente como consecuencia de la malnutrición y la falta de estimulación apropiada durante el embarazo y la primera infancia. Esta afección fácilmente prevenible menoscaba la capacidad de aprendizaje y reduce los ingresos de las personas a lo largo de la vida. En apenas ocho años, el país llevó la tasa de retraso en el crecimiento a la mitad, es decir, al 14 %. Se otorgó financiamiento basado en los resultados para recompensar los programas que obtenían mejores resultados en materia de salud, desarrollo social y saneamiento. Asimismo, se orientó la asistencia hacia las zonas más necesitadas, lo que se tradujo en un rápido progreso en las zonas rurales y las comunidades más pobres.

Incluso en épocas difíciles, no se debe dejar de invertir en la gente ni de respaldar programas de protección social que evitan que la gente vuelva a caer en la pobreza. En lo que respecta a asegurar que la población se mantenga a salvo de la pobreza, América Latina ha establecido una elevada pauta a nivel mundial. Uno de los mejores programas en esta esfera es el Programa Juntos del Perú, iniciado hace una década. “Juntos” ha beneficiado a medio millón de familias pobres con transferencias monetarias por valor de US\$38 mensuales, condicionadas a la realización de controles periódicos del estado de salud y nutrición de los niños pequeños.

Sin embargo, cuando hablamos de asegurar a la gente contra riesgos, una de las amenazas más temibles es el cambio climático. Si los líderes mundiales no encuentran la forma de crecer con un nivel de emisiones de carbono que mantenga el aumento del calentamiento global por debajo de los 2 grados centígrados, hay pocas esperanzas de poner fin a la pobreza extrema y, más aún, hay

pocas esperanzas de conservar la Tierra como la conocemos para nuestros hijos y nietos, y para todas las generaciones venideras.

Los científicos nos dicen que, cuanto más aumente la temperatura de nuestro planeta, más experimentaremos sequías e inundaciones, huracanes o tifones violentos, e incendios forestales que consumen enormes extensiones de bosques. A estos episodios los llaman fenómenos meteorológicos extremos; solían producirse una vez en un siglo y ahora ocurren año tras año. Observemos, nada más, lo que está sucediendo ahora mismo en el Pacífico con el fenómeno de El Niño de este año, que según predicen algunos causará más estragos que los episodios de El Niño de los últimos 50 años. Las temperaturas oceánicas en las costas del Perú son hasta 6 grados centígrados más altas que lo normal. Ya estamos viendo las graves consecuencias de El Niño: enormes incendios en Australia, las precipitaciones más torrenciales de los últimos 80 años en zonas desérticas de Chile y tifones destructivos en la región de Asia y el Pacífico.

En solo 52 días, los líderes internacionales se reunirán en París con ocasión del 21.^{er} período de sesiones de la Conferencia de las Partes para concertar un acuerdo internacional encaminado a reducir la cantidad de emisiones perjudiciales vertidas a la atmósfera. Encabezados por países de todo el mundo, y con financiamiento de los bancos multilaterales de desarrollo, incluido el Grupo Banco Mundial, vemos que hay una vía políticamente creíble para llegar a los US\$100 000 millones prometidos con vistas a París. Aumentaremos considerablemente nuestros compromisos para luchar contra el cambio climático. Fue difícil para nosotros tomar esta decisión, pero era la correcta.

Aquí, en Lima, renovemos nuestro compromiso de tomar las decisiones difíciles que sean necesarias, al tiempo que trabajamos juntos para crecer, invertir y asegurar. Los desafíos que enfrentamos son tan grandes que quizás tengamos que aceptar sentirnos incómodos e impopulares durante algún tiempo.

Hace unos días, un grupo de documentalistas me mostró algunas imágenes, filmadas una década atrás, de un antiguo paciente mío, Melquíades Huaya Ore, que tenía solo 17 años en aquel entonces. Los brazos de Melquíades eran tan delgados como la circunferencia que formaban algunos de mis dedos, y su piel estaba pegada a las costillas. Literalmente, la tuberculosis lo estaba consumiendo. El joven no quería tomar sus medicamentos porque lo hacían sentir muy mal. Cuando lo conocí, yo no sabía si él iba a sobrevivir. Permítanme mostrarles el video.

Y esto es lo que ocurrió cuando estuve en Carabayllo el lunes.

Lo único que pasaba por mi mente mientras miraba el video de Melquíades era que casi lo dejamos morir, solo porque era pobre. Ahora Melquíades es contador. Me dijo que ha mejorado lo suficiente como para volver a jugar al fútbol.

Son épocas difíciles para el mundo. Ahora los Gobiernos deben tomar decisiones arduas para que las economías de sus países crezcan de una manera que ayude a los más pobres. Pero con cada reforma que emprendamos, con cada camino que construyamos, con cada centro de salud que apoyemos, pensemos en los millones, incluso miles de millones, de personas que, como Melquíades, solo quieren tener la oportunidad de vivir y tratar de hacer realidad sus sueños.

Juntos, debemos hacer todo lo posible para que cada persona en esta Tierra pueda llevar una vida más digna, saludable y próspera.

Y ahora tengo el gran privilegio de presentarles a Melquíades Huaya Ore.

Muchas gracias.